

DE REBELIONES VA LA COSA VOLUMEN 1



DISTRIBUÍDO POR



Aslogh presenta su primera antología. Una antología llena de amistades peligrosas, llenas de rabia, odio, violencia, amor y un compañerismo más potente que la familia. No solo estamos llenas de ternura, que también, pues somos tiernas y bonicas, también somos violentas y también perdemos y lloramos. Vamos, que somos de todo.

Igual nos comemos a besos la cara que metemos fuego a un Corte Inglés. Tiernas y violentas, por partes casi iguales.

¿Cómo haríamos una insurrección de ternura? No se podría. Pero si funciona, o al menos una parte, si somos bonicas y agresivas, si funciona si somos violentas y divertidas. Cuidarnos en la lucha, como, por ejemplo, es apoyarnos en el curro, hacer cafetas o distris para poder pagar nuestras movidas, esperar con un monster y unas oreo a la salida de los calabozos, sacar dinero de cuaquier lado para pagar multas, fianzas o lo que se nos venga encima, escribir cartas a quienes están tras la celda, liberarnos cuando nos pilla un antidisturbios, o irnos juntas a calabozo.

Vulnerables a todas horas, porque nos duele cuando llevan a gente al CIE, cuando psiquiatrizan a nuestras compañeras, lloramos con los desahucios y nos duele enviar cartas a la cárcel, nos duele ver como fracasamos en todas las acciones, en que nada sale para delante. Lloramos con todo lo que nos hacen, con los golpes, las lacrimógenas, las patadas...

Divertidas mientras cantamos Estopa en medio de una carga policial, ponernos a bailar en medio de la calle cuando está todo el mundo aburrido, meter las alarmas que arrancamos de la ropa a los pijos que están en la tienda para que salgan pitando, hacer gymkanas para pasar la tarde, jugar con el balón dentro de un Decathlon.

Violentas porque queremos quemar coches de policía, cuando hacemos disturbios o vandalizamos el barrio, atacando a racistas o simplemente atacar a todas las personas que nos oprimen. Violentas por no querer dejar a un poli ni a un nazi con vida.

Violentas y tiernas, siempre juntas y siempre con un hombro donde dejar llorar a la compi. No somos pura ternura, ni pura violencia. Somos niños salvajes que deciden quedarse la ciudad para destruirla.

Estas tres historias no son reales, solamente tú, quien está leyendo esto, puede hacer que sea real todo. Todo depende de ti, no de partidos de vanguardia, colectivos, políticos o instituciones. Solamente tú debes dar ese paso. Así que arriégate y lucha, se violenta, se tierna, se tú misma. Deja el fanzine, rulalo y empieza a luchar como tú quieras.

Por eso este fanzine lo tiene todo, violencia, diversión, amistad e insurrección. Algo que no cambiará nada, pero nos cambiará a nosotras y a nuestro entorno, que también es muy importante.

Iremos a la cárcel por hacer felices a nuestras amigas, ese es el mensaje que quiero dejar claro. Vamos a entrar dentro si con eso salvamos el cuello a nuestras compañeras. Vamos a comer porrazos con tal de vernos felices entre barricadas y fuego. Vamos a pasarlo bien y vamos a dar todo por esa paja que tenemos en nuestra cabeza.

Amor, diversión e insurrección.

PRIMER RELATO

no me arrepiento de nada

SEGUNDO RELATO

guerra a los profesores

TERCER RELATO

guerra en bucle



**NO ME ARREPIENTO
DE NADA**

NO ME ARREPIENTO DE NADA

Mi historia empieza en un pueblo pequeño, el nombre por ahora no es importante, pues más adelante saldrá público y todos sabréis como se llama. En el pueblo poco hay que hacer, hay poco trabajo y el trabajo que existe es casi esclavitud. Los estudios tampoco existen, pues no hay dinero ni tiempo para estudiar, pero eso la verdad es que no nos importa porque no nos apetece mucho estudiar, preferimos estar jugando o haciendo otras cosas. No voy a dar más detalles ya que irán saliendo en la historia según te vaya contando, así que voy a empezar con la historia.

Un día estábamos mis amigas y yo en el bosque, haciendo una cabaña con las maderas que nos encontrábamos en el suelo, jugando a juegos que nos inventábamos y contando nuestros chismes; que si a Marta le gusta Julia, que si Pablo tiene pensado empezar a escribir una novela de miedo... Lo típico en la gente joven, ¿no? Hablar de cosas que nos interesan y no de movidas de adultos. Pero claro, solo hablábamos de esto cuando estábamos lejos del pueblo, ya que allí nuestras vidas son totalmente diferentes. Allí tenemos que estar trabajando, o haciendo que estamos trabajando, o hacer recados para que la policía no se cabree con nosotras. Vamos, que allí lejos del pueblo es donde nos sentimos realmente libres, lejos de las leyes, del trabajo, de la sociedad y sobretodo, lejos de la policía. Ay, que horrible es la policía allá donde vayas. Algo muy común en nuestras charlas es hablar de como sería todo si hubiese una gran revuelta, bueno, no una revuelta, sino una insurrección, de esas con destrozos, terrorismo y mucha violencia. Siempre llegábamos a la conclusión de que era absurdo, pues nunca llegaría eso, jamás va a ser posible que cambie algo, ya que todo está atado y bien atado. Pero al menos nos hacía gracia pensar en lo bonito que serían unos disturbios en el pueblo, ya que nos lo conocíamos a la perfección y la policía estaría bastante perdida.

Ahora viene ya la historia, tranquila. Tenía que ponerte en situación, sino estarías perdida totalmente. Un día llegó una carta de mi hermana, se llama Belén, y la obligaron a ir fuera del pueblo, a una misión secreta donde se

llevaron a la mayoría de la gente mayor de 20 años que estuviese sin oficio. El gobierno jamás nos dijo de que se trataba, solo nos dijo que estarían bien y que volverían en un par de meses como mucho. La verdad es que llegaron dos cartas, una para mí y la otra para mis padres. En la de mis padres ponía que ella estaba bien y que seguramente todo se retrasaría un poco, ya que por culpa de un accidente estaba yendo todo más despacio. También decía que no se preocupasen, que todo estaba bien y que les echaba mucho de menos. En cambio, la que me llegó a mí fue totalmente diferente. Te la voy a leer, que la tengo aquí a mano.

“Hola hermano, ¿cómo te va todo? Espero que te vaya todo genial y que estés feliz como siempre, pensando en tus revueltas, en nuevos juegos y en cómo seguir escaqueándote en el trabajo, eso es lo que mejor se te da. Supongo que habrás leído la otra carta, de que estaba todo bien y eso. Pues la verdad es que no, hermanito. No quería preocupar a los papás y mentí. Todo está fatal por aquí. Nos están obligando a ser soldados. No vamos a volver, pues quieren que seamos del ejército para luchar contra aquellas bestias que tanto hablan. Que si los rebeldes que si no se qué, de verdad es que no puedo aguantar mucho más. Nos humillan, nos pegan y nos dejan sin comer si no hacemos caso a sus estúpidas órdenes. La vida aquí es fastuosa. ¿Quién pudiera ser libre y volar alto? Perdón, a veces desvarío por culpa del sueño y del hambre. Mi estado mental está crítico, estoy en las últimas. Por eso te escribo, sé que lo entenderás y no hace falta que te diga que tengo en mente, eres muy listo y tampoco quiero escribirlo para no ponerme a llorar de nuevo. Te quiero mucho y te echaré de menos. Nunca dejes de ser tan amable con la gente. Se feliz y huye en cuanto puedas. Te requetequiero” Triste, ¿verdad? Lo que no quería decirme es que se iba a suicidar. Al principio no me lo quería creer, pero así pasó. En los periódicos decían que fue un accidente, yo sabía que necesitaba morir. Ella era un ser de luz, seguramente no aguantó semejante panda de idiotas autoritarios. No la culpo, culpo a la autoridad. Pero perdón que me desvio del tema.

Cuando lo leí me puse a llorar en mi cuarto, sin poder respirar, sin poder ni moverme del suelo, no podía hacer nada más que llorar hasta quedarme dormido. Al día siguiente le conté a mis amigas lo ocurrido y me apoyaron, incluso algunas de ellas se preocuparon por sus familiares que habían sido secuestrados por el ejército. Nos sabíamos muy bien que hacer, así que decidimos irnos al bosque, a ser libres y no tener que preocuparnos por todo aquello. Hablamos de insurrecciones, pero ese día todo fue diferente. No veíamos la insurrección como algo imposible, sino como algo que debíamos hacer en ese preciso momento. Así que hablando, o mejor dicho, conspirando, planeamos una acción en el pueblo. No iba a desencadenar en una gran revuelta,

pero lo veíamos necesario. Necesitábamos ánimos, ver que somos más fuertes que ellos y que toda su estructura no es imposible de tocar. Son mortales al igual que nosotras. Así que aquella noche fue la noche donde descubrimos que significaba verdaderamente la palabra insurrección, descubrimos que podíamos hacer algo aparte de hablar entre nosotras, esa noche nos dimos cuenta que podíamos atacar siempre que queramos. Desde aquella noche he vivido los momentos más duros, más alegres, más divertidos y más espeluznantes que he vivido nunca.

Todo estaba planeado, cada una se encontraba en su posición, con sus materiales preparados para el ataque. Recuerdo el cosquilleo de antes de la acción. En cuanto el coche de policía cruzó la esquina una lluvia de piedras y pintura cayó sobre el coche, haciendo que los cristales rompiesen y que el conductor pegase un volantazo. Luego era hora de correr, la adrenalina recorrió todo mi cuerpo, nunca antes había corrido tan rápido, tampoco se como me subí a aquel tejado de aquella manera, solo se que allí me escondí toda la noche. Me tocó dormir allí, pero estaba contento de ello. La policía rondaba las calles en busca de aquellos vándalos, pero al parecer no encontraron a nadie y así nos pudimos volver a ver al día siguiente en el bosque, donde habíamos quedado para hablar de la acción. Todas estábamos estupendamente bien, nos brillaba incluso la cara, ninguna se arrepentía de nada, es más, pensamos en volver a hacerlo de nuevo alguna noche, pero por desgracia aquello quedó en nada, pues poco después llegó la catástrofe que ninguna de nosotras se esperaba. Llegando al pueblo vimos como había más policía de lo normal, y todos los polis preguntando a los vecinos, parecía que nadie sabía nada, pero siempre hay alguien que ha visto algo y sabe quienes son. Nunca te fíes de los vecinos, amiga, no son tan de fiar como parece. Fíate de tus amigas, pero nunca del vecino, y menos si ni siquiera le conoces.

La policía nos estaba buscando, algún idiota dijo quienes éramos. Llegando a mi casa vi dos coches de policía aparcados frente a la puerta y dos policías estaban mirando para ver si me veían. Y así fue, dos policías me agarraron por la espalda y me tiraron al suelo, me pegaron un par de porrazos en la espalda y me intentaron esposar. Por suerte mi madre salió corriendo de la casa y empujó a uno de los policías y gracias a ello pude librarme de ser detenido. Pegaron a mi madre, los gritos, las peleas y la policía hicieron que todo el barrio saliera de sus casas, pero nadie hacía nada, nos miraban como si nos mereciésemos todo aquello, como si cada porrazo y puñetazo fuese más que merecido. Mi madre gritaba “corre, hijo, corre” me quedé quieto un par de segundos, lo suficiente para que otro policía se me tirase encima, esta vez no fue mi madre, fueron mis amigas quienes me sacaron de debajo de aquel matón,

pegándole una patada en las costillas. Recuerdo la risa que le salió a mi amiga al darle aquella patada, seguro que la disfrutó más que a nada en el mundo.

Corrimos y corrimos, hasta escapar de aquel pueblo, aquel pueblo con el que jamás me sentí identificado, ¿cómo puedes quedarte quieto sin hacer nada mientras la policía pega a alguien? Menudos tontos. Solo les había faltado ayudar a cogernos y luego limpiarles las botas con la lengua. Por suerte ya no tendré que volver a verles, es algo que me alegra bastante, otro punto más para la insurrección, dejar de ver a tus vecinos.

Nos perdimos en el bosque, sabíamos que allí no nos encontrarían con tanta facilidad, allí un policía se pierde al segundo. Allí es donde se esconden lo que llaman “bestias” algo que nunca nadie ha llegado a ver, pero nos inundan con ello por todas partes, ¿tú has visto alguna bestia? Seguro que no, es muy difícil y tampoco nos han dicho cómo son, solamente dicen que las eliminan cuando las ven, que no quieren que estén por ahí dando vueltas cerca de sus ciudades y demás cosas.

Mientras seguíamos en el bosque estábamos con la paranoia de que nos iban a pillar mientras dormíamos, así que hicimos guardias aquella noche, aunque de poco sirvió ya que ninguna pudo dormir por culpa del estrés y de la ansiedad, aunque una amiga no tuvo problemas con dormir. Durmió toda la noche del tirón, como si estuviese en su cama tranquilita. Como quiero a esa chica, espero que esté bien allá donde esté.

A la mañana siguiente, cuando por fin mi amiga se despertó, empezamos a hablar de qué deberíamos hacer ahora. No teníamos ni casa, ni comida, y eso al final iba a ser un gran problema, porque no somos cazadoras, ni tampoco queríamos empezar a serlo en ese momento, la verdad. Así que hablando y hablando salió un plan. No nos critiques ahora, eh. Que ya me gustaría verte en esa situación. Ya que te buscan, pues líjala más. La decisión fue ir al pueblo, no al nuestro, sino a uno que estaba al norte, para robar comida. Sí. Un atraco. Cuando empiezas con estas cosas ya no puedes parar, amiga. Te lo recomiendo bastante, pero claro, ten cuidado y que no te pillen.

Planeamos el atraco a una tienda de comida. Con palos y piedras, y como era obvio, todas tapadas, entramos a muerte allí. Sacamos todas una bolsa llena de comida y salimos corriendo. Fue espectacular. Meter en la bolsa todo tipo de comida, desde unos pimientos hasta unas galletas de chocolate. Comprar gratis es lo mejor, y con adrenalina de por medio más aún. No te preocupes, era una empresa, no Paco el que vende bolsas de chuches. Cuando acabamos con el atraco, sin ningún problema, nada de gritos ni de policía, volvimos al bosque, a refugiarnos. O a que la sociedad se refugiase de nosotras. En ese momento nos creíamos un verdadero peligro. ¿Lo habría visto alguien? ¿Alguien nos copiará?

No lo sabremos seguramente, pero fijo que mínimo una persona le inspiró el atraco. Vaciamos las bolsas en donde habíamos decidido que íbamos a vivir en ese momento. Era una pequeña cabaña que habíamos hecho al lado de unas piedras, para cubrirnos debajo de ellas por si empezaba a llover en algún momento. Con la comida en el suelo y el hambre que teníamos, casi la mitad de las cosas volaron, sobre todo las chuches y los bollos. Hacer la insurrección cansa y nos merecíamos los caprichos. Ya la próxima cogeríamos comida más sana. Después de aquel atracón decidimos descansar. Pocas cosas son más revolucionarias que el descanso, amiga. Descansar, cuidar y crear el caos, ese era nuestro lema. Y lo hicimos oficial. Así sería el lema de nuestro grupo. El nombre daba igual, solo nos importaba llegar a la gente, y divertirnos también, no te voy a engañar. Aquel lema era el mejor, ¿o no? Así que pensamos que si a nosotras nos molaba, ¿por qué no compartirlo con las demás? Que egoísta sería por nuestra parte hacer un lema tan guapo para que se quedase en nada. Así que empezamos a escribir una especie de panfleto, que acabó por ser una especie de fanzine o libreto raro. Que suerte que alguien pilló folios, bolígrafos, rotuladores y cuadernos. No fui yo, te lo prometo, yo cogí muchas galletas y un martillo. Nunca se sabe cuando es necesario un martillo.

Empezamos a escribir nuestros lemas, con más frases, con algunos dibujos. Algunos tenían frases, otros algunos lemas y algunos tenían corazones y poco más. Cada uno era diferente, pero todos ellos tenían el mismo mensaje, aunque no estuviera escrito. El mensaje sería algo rollo “que aburrida la vida que nos imponen. Destroza algo y duerme” Algo así sería, creo yo. Con esos panfletos la idea era ir a algún lado y repartirlos, o tirarlos al aire para que la gente los pillase al vuelo. Pero una idea horrible, aunque en el momento nos pareció a todas la mejor idea de todas. “¿Y si vamos a nuestro pueblo a dar estos panfletos?” Todas empezamos a gritar de emoción por la idea. Vaya ida de olla, ¿no crees? La idea era malísima ahora que lo pienso, pero teníamos que hacerlo. Así que al día siguiente volvimos al pueblo. Aquella noche pudimos dormir tranquilas, después del empacho de comida claro está.

Volvimos al pueblo. Íbamos a devolverles lo que nos hicieron. Entramos corriendo, tirando panfletos al aire y gritando consignas. Hubo una muy graciosa que dijo “roba, duerme, quema, rompe. Haz lo que sea, pero seas chivato” Que risas fueron. Todo el pueblo estaba mirando aquella situación, sin decir nada, sin hacer nada, como la otra vez. Yo tenía ganas de que alguien me dijese algo para poder pegarle. Y eso que soy un misquilindris, pero le daba un puñetazo igual. Poco tardó en llegar la policía, pero ya habíamos desaparecido. Ya no estábamos allí. Éramos como un relámpago.

Al volver estuvimos hablando de lo divertido que había sido y de si alguien leería nuestros fanzines y panfletos. Pero tampoco le dimos mucha importancia. El mero hecho de hacerlo ya valía más que todo lo que estuviese escrito. Reimos y reimos, hasta que llegamos a nuestro cuartel. Muchas risas hasta que un gran grupo de personas nos asaltó. Nos pegó. Nos ataron. Algunas consiguieron correr, o eso espero. Yo recibí un duro golpe en la cabeza y solamente recuerdo que decían “coged a las bestias” Y yo pensaba “no somos bestias”. Luego ya me di cuenta de que sí, si soy una bestia. ¿Y qué? Orgullo de ser una bestia y no un proletariado, ciudadano, pobre o clase obrera, o como quieran llamarse. Así que si, has conocido una bestia, amiga. Y soy yo, lo siento. Las bestias existen, están entre nosotras en todo momento. Vaya se acerca alguien. Creo que es mi hora. Recuerda todo lo que te he dicho, ¿vale? Espero que te vaya todo bien. Para mi no será tan bien seguramente. Gracias por escucharme y ser tan amable conmigo. Puede que tú también seas una de esas bestias. Adiós y gracias por todo de nuevo. Espero verte fuera de estas celdas pronto.

Las puertas se abrieron y un hombre grande y uniformado agarró al chico de los pelos y lo arrastró por el pasillo. El chaval iba sonriendo, no paraba de tener aquella mirada tan salvaje y alegre. Era una gran persona. En cambio, a mi me agarraron del brazo y me llevaron, sin hacerme nada de daño, solamente me acompañaban. Me llevaban al mismo sitio que a él. No íbamos a ser juzgados, pues ya nos habían juzgado desde hace tiempo. No hacía falta un juez ni nada, solamente con decir que éramos bestias, o delincuentes, les bastaba para poder hacer lo que quisiesen con nosotras.

Llegamos a una plaza llena de gente. Nos ataron una soga al cuello. Nos miramos fijamente y una lágrima se le escapó mientras seguía sonriendo. Su mirada se me quedó en la mente. Mientras hablaban los policías entre ellos una persona se acercó al borde donde estaba la gente y empezó a decir cuales eran los pecados del chaval. Solamente dijo “es una bestia” y todo el mundo gritó de

terror. Antes no entendía lo de las bestias, pero cuando vi aquella imagen lo entendí. Si que eres una bestia, amigo. No tardaron en tirar de la palanca, pero no sin antes gritar una frase, que solamente escuché yo por culpa de todo el barullo que se estaba formando allí.

Un grupo estaba atacando el sitio para liberarnos. Se oían disparos, gritos y sollozos. Eran bestias. Sin miedo a nada, con ganas de venganza, y seguramente de divertirse un poco. Mientras los policías luchaban contra las bestias, y el público salía corriendo de allí, nunca intervenía en nada, solo son espectadores. Malditos. Dos chicas nos quitaron la soga, no me preguntaron por qué estaba allí, les daba igual, no querían que me matasen. No estaban dispuestas a dejarme morir allí, ni a su amigo tampoco. Aunque por desgracia no pudo ser así. Él murió... Si hubiesen llegado antes, o si hubieses aguantado más, estaríamos libres. Y nos podríamos ver allí fuera, donde podríamos haber sido grandes amigos. Pero no pudo ser...

Ahora ando como andaba él. Siendo libre. Me mudé lejos para que la policía no me pudiese encontrar y yo pudiese hacer mis acciones a mi aire. Ahora soy una bestia gracias a ti. Tu insurrección no cambió el mundo, incluso puede que no cambiase nada. Pero a mí me cambiaste, amigo. Y eso nunca lo olvidaré. Tampoco olvidaré la última frase que gritaste “no me arrepiento de nada”.



**CUIDA
ATAACA
Y
DIVIERTETE**

GUERRA A LOS PROFESORES



COMO ACABAR
CON TU PROFE



COMO ACABAR CON LOS PROFES

Era una calurosa tarde de primavera. El Sol resplandecía con gran virtud, los pájaros piaban mientras volaban de rama a rama, las avispas revoloteaban haciendo un ruido molesto, el profesor impartía su clase de matemáticas mientras las alumnas jugaban a un tres en raya en un folio o si no tenían con quien jugar decidían dibujar monigotes en la mesa o rayar su nombre con las tijeras. Era un día más en el colegio, otro día como cualquier otro, no había ningún cambio de un día para otro; discusiones entre alumnas y profesorado, notas entre amigas que rotaban por la mayoría de las mesas, dibujos en los libros de texto y la babilla de alguna alumna que no había descansado lo suficiente por estar jugando hasta las tantas al Fornite o a algún videojuego. Nadie quería estar en clase, puede ser que ni siquiera quisiese estar allí el profesor, pero sus palabras parecían decir lo contrario.

— Marta, Julia — gritó Juan Carlos, el profesor — Parad de cuchichear u os castigo con séptima hora. Estáis avisadas las dos.

Las dos chicas se quedaron mudas al escuchar aquella amenaza, era de las peores amenazas que te podían hacer, esa y llamar a tu familia. Pero Martínez no podía mantenerse en silencio y soltó un pequeño grito, intentando imitar a un delfín, algo que provocó risas y un gran alboroto en la clase. Todas reían, todas menos el profesor.

— ¿Os estáis riendo de mi? — subió el tono de voz Juan Carlos, ahora con la cara roja por sentirse vacilado por la clase — Así no se trata a un profesor. No tenéis nada de respeto.

— Y tú no tienes nada de pelo, profe — dijo una voz de pito al fondo de la clase. La clase estalló en carcajadas y la cara del profesor estalló de rabia. Se había puesto rojo y la vena de la frente se le empezaba a hinchar.

— Que graciosas sois, ¿no? Por graciosas os vais a quedar todas a séptima hora. Y si alguien vuelve a hablar se quedará a séptima hora también mañana. Se acabó el cachondeo en clase. Qué os creéis mejores que yo y no. Aquí estáis para aprender, no para jugar.

La clase soltó al unísono un quejido, pero un gesto de silencio del profesor hizo que aquel quejido parase de pronto. Todas las quejas y chismorreos se ahogaron de pronto con un simple y autoritario movimiento de mano de aquel profesor. Cuando se ponía así era inaguantable, si es que alguna vez se le puede aguantar más de dos minutos.

La clase transcurrió con el más absoluto silencio, pero sin hacerle caso a Juan Carlos, ya que sus clases son aburridas, simples y con un toque de prepotencia. Eran clases inaguantables para aquellas chavalas de once años, aunque seguramente era inaguantable para cualquier persona que no quisiese estar sentada en una silla escuchando como un profesor pesado te daba su monólogo tan aburrido. Era igual de aburrido que calvo, y literalmente no tenía ni un pelo y parecía que se echaba aceite en la calva para que brillase más y así las alumnas no parasen de mirar aquel resplandor de luz que proporcionaba su cabeza. Era como ver la luz al final del túnel, siempre querías acercarte a aquella luz para ver lo que era.

Acabó la sexta hora sin nada reseñable, solamente que un avión de papel había sido encestado en la papelera de una punta a otra de la clase, lo normal. Las alumnas ya estaban levantándose de sus sillas, haciendo un estruendo que se oía desde fuera del colegio, para poder irse, pero una voz molesta y repipi recordó algo que nadie se acordaba o no quería recordar:

— Chicas, todavía nos queda una hora. Juan Carlos nos castigó a todas por ser tan idiotas, ¿os acordáis? — toda la clase le miró mal. Era Alberto, el chivato lamezapatos del profesorado. Nadie se llevaba con él y él tampoco se

llevaba bien con nadie, solamente le importaba llevarse bien con los profes para aprobar. En los recreos en vez de juntarse con alguien para jugar se quedaba hablando con el profesor que estuviese de guardia en ese momento. Su mote era “El Repipi” y toda la escuela le llamaba así. Además se había ganado el mote a pulso cuando una vez en clase decidió chivarse a la profesora que Silvia había copiado la tarea de su amiga Helena. Después de esa acción las dos chicas fueron castigadas, pero él tuvo que tirar la mochila porque le habían explotado unos cuantos zumos, de diferentes sabores, en la mochila. Así se pensaría dos veces el volver a chivarse a la profesora.

La clase se volvió a sentar, a la espera de que Juan Carlos apareciese de nuevo para dar su chapa sobre lo mal que se portan y lo bueno que es él con la clase. Antes de que apareciese el profesor de matemáticas les visitó Inés, la profesora de conocimiento del medio. Una mujer de cuarenta años, con el pelo corto y castaño, albina como ella sola y con muchos anillos en los dedos, como si fuese una marquesa.

— ¿Otra vez castigadas? De verdad que no hay quien os aguante, chicas... — Inés respiró hondo y abrió la boca de nuevo — Mañana espero que todas tengáis los deberes hechos u os tendré que mandar una nota para casa — después de aquellas palabras se fue por el largo pasillo, mientras silbaba una canción que no conocía nadie.

Esperaron y esperaron a Juan Carlos. Pasaron los minutos y el hambre empezaba a hacerse eco entre las alumnas. Las tripas rugían y el calor pegaba fuerte a quienes estaban más cerca de la ventana, haciéndoles que tuviesen sed. Una de las alumnas, Julia, una chiquilla negra, con trenzas de colores, unos ojos grandes y marrones, y una estatura por encima de la media, se levantó para ir a beber agua. Sacó su cabeza por la puerta para mirar que no hubiese nadie en el pasillo, y efectivamente estaba vacío. Detrás de ella se encontraban Marcos, Marta y Fabián, que también querían ir a beber agua, y a dar un paseo por la escuela ya que estaban. Fueron con mucho sigilo, haciendo el menos ruido posible y andando lo más rápido posible. Cuando llegaron al baño las cuatro

bebieron agua, y de paso jugaron un poco a tirarse agua entre ellas, ya que el calor pegaba bastante fuerte en las clases. Después de empaparse por casi completo volvieron a clase, donde estaba el profesor, justo había llegado cuando ellas estaban en el baño, como si estuviese esperando el momento oportuno para poder regañarles de nuevo y así castigarles otra vez. Intentaron entrar a hurtadillas en clase, pero el profesor ya sabía quienes faltaban y los estaba esperando con muchas ansias, como si aquello le fuese a dar más dinero o mejor salud.

— ¿Os lo habéis pasado bien en la guerra de agua? — dijo Juan Carlos con los brazos cruzados en señal de enfado — Pues a ver como os lo pasáis de bien en la sala del director. Venga chicas, os podéis ir todas menos ellas cuatro, que se vienen conmigo a dirección.

La clase tragó saliva con fuerza, aquello significaba que llamarían a sus familias y tendrían un castigo aún peor, ya que el director era el rey de los capullos. Por algo le llamaban “Metapod”, aparte de porque su cabeza se asemejaba un poco a la forma de aquel Pokemon. Martínez, como no, volvió a dar un grito, ahora intentando hacer el sonido de un gorila, pero el profesor ya estaba absorto en llevar a aquellas chicas a dirección y nada ni nadie iba a cambiar su visión. Martínez tampoco podía dejar que se llevasen a sus amigas a dirección, porque seguramente les castigaría también sus padres, ya que como siempre hacen más caso a las adultas que a sus propias hijas. Pensó un plan, y no sería un buen plan ya que nunca los tiene. Fue corriendo a una clase que estuviese abierta y con un mechero, que siempre tenía encima, prendió fuego a la papelera llena de papeles. Después corrió hasta la otra punta para darle a la alarma de incendios, pero Jaime, el profesor de lengua, le detuvo en el acto. Jaime era un hombre grande, mediría cerca de dos metros, tenía unas gafas redondas que le hacía parecer un brujo y su olor a colonia era fácilmente identificable, le olías a kilómetros, de allí tener el mote “Mofeta”, ya que nadie quería estar cerca suya mucho más de dos minutos por el olor que desprendía a colonia mala.

Jaime agarró con fuerza la muñeca del joven Martínez y lo llevó a dirección, tirando de él con mucha fuerza, haciéndole daño.

— Jaime, para, está ardi... — jadeó Martínez, pero la mirada de Jaime hizo que no siguiese la frase. Además le hacía especialmente ilusión ver como podía salir ardiendo el colegio por una papelera. Así que se calló y se dejó llevar por aquel ogro con camisa a cuadros.

Llegaron a dirección todas, allí estaban Fabian, Marta, Julia, Marcos y por último y no menos importante, Martínez, que ya se sabía la sala de dirección como si se tratase de su propia habitación. Decía incluso que pasaba más tiempo allí que en su habitación.

Los dos profesores exponían su caso al director, que parecía no importarles mucho lo que le contaban, lo que realmente le importaba era castigarles y reeducarles para que no volviesen a hacer lo que habían hecho. Aunque en realidad su único castigo era ser niñas. El director tenía los brazos en jarra, su cabeza estaba inquieta, no paraba de zarandearla y su pie derecho no paraba de dar pequeños golpes contra el suelo, como si estuviese tocando una batería. Cuando los dos profesores callaron el director tampoco quiso decir nada, sino que decidió dejar ese silencio incómodo a las alumnas, mientras se removían en su asiento de madera que hacía que si estabas demasiado tiempo sentada te empezase a doler el culo. Tras unos instantes Metapod dijo con su voz grave:

— ¿No tenéis nada que decir?

— Sí — dijo Martínez — El colegio está en llamas. Una papelera estaba ardiendo en la clase de 4ºA.

Jaime le miró con furia, mientras que el director y Juan Carlos agitaban la cabeza en señal de negación, suponiendo que lo que decía era una mentira y estaba poniendo una excusa.

— Sí, Martinez, sí. Ahora mismo estamos ardiendo, mira como arde, mira — dijo Metapod mientras agitaba los brazos en alto en señal de que estaba siendo comido por las llamas, algo que a los profesores les hizo especialmente gracia y a las alumnas también, pensando en como hubiese sido si de verdad

estuviese en llamas. Aunque las alumnas no pudieron reírse porque eso sería para los profesores una señal de quedarse con ellos, algo que conllevaría un castigo aún más severo, así que aguantaron la risa por la pésima actuación del director y así su castigo no sería tan duro.

— ¿Qué hacemos con vosotras? — preguntó el calvo — Siempre estáis igual. Nunca nos hacéis caso. Siempre estáis jugando o haciendo alguna broma estúpida. ¿Sabéis que esto es un colegio? Aquí se viene a aprender, no a hacer el tonto. No podemos dejaros que os vayáis de rositas después de todo el espectáculo que habéis dado. Esto no está pagado de verdad... — Metapod respiró con fuerza y soltó un suspiro — Llamaré a vuestras familias. Ahora iros a casa y que os castiguen vuestros padres. Que parece que aquí no hacéis tanto caso.

Las alumnas se fueron con la cabeza gacha, pero una voz les interrumpió al salir.

— Y vais a estar todos los días saliendo a séptima hora. No os vais a librar de esto. — dijo Juan Carlos alzando la voz a la par que las manos, como si fuese el rey mandando ejecutar a alguien en una arena llena de leones y gladiadores. Mientras el grupo se alejaba de la sala, los profesores reían a pleno pulmón para así hacer sentir peor a sus alumnas, como si no hubiese sido suficiente lo que acababan de hacer: humillarlos, castigarlos, menospreciarlos y usarlos como saco de boxeo para su frustraciones personales.

Las alumnas iban de camino a sus casas, hablando poco, algo que no era habitual en ellas, que siempre andaban hablando de cualquier tontería que se les ocurriese, pero esta vez era diferente, estaban impotentes, tristes y sobretodo furiosas. No querían dejarlo ahí, no podían, y tampoco debían. La venganza llegaría, pero sería después de la batalla de gritos, enfados y lloros con sus padres al llegar a casa. Se despidieron sin ganas de llegar a casa, alargando la despedida hasta casi una hora, ya que lo que les esperaba en casa era mucho peor que pasar hambre durante un par de horas más. Antes de despedirse del todo se dijeron que mañana en clase hablarían y que todo saldría bien, o eso era

lo que se decían para darse ánimos. Cuando llegaron cada una a su casa no fue lo que pasó... Sus padres, como siempre, hicieron caso a los profesores como si de dioses divinos se tratasen y supiesen toda la verdad de este mundo. Las bronca en cada casa fue diferente, pero todas llegaron a la misma conclusión “estás castigada”. Así resolvían las cosas las adultas, con castigos y humillaciones, todo lo que no fuese eso estaba descartado de su lista.

Llegaron al día siguiente a la escuela, otra vez a la rutina. Y según el grupo pasó por la puerta Juan Carlos les guiñó un ojo de manera sarcástica y les recordó, con bastante sorna, que hoy estaban castigadas, que no se olvidasen de ello. Aquello fue el colmo. No era suficiente con aguantar sus tonterías en clase, sino que ahora se podía reír de ellas delante de todo el alumnado y ponerles en el punto de vista de todas. Aquello debía de cambiar. En las clases siguientes estuvieron diseñando un plan, algo que cambiase todo aquello. Sabían que hacerles bromas, pintar en las mesas o tirarles cosas cuando están de espaldas no era suficiente, así que pensaron en algo mucho más grande, mucho más grande de lo que se pueda imaginar quien esté leyendo esta historia. Espero que estés preparada para lo que se viene ahora. Empieza la guerra. Profesoras contra alumnas.

Las clases estaban siendo tranquilas estas semanas, no había jaleos, ni gritos, incluso la mayoría traía los deberes hechos de casa. Por aquel comportamiento tan ejemplar los profesores levantaron el castigo a todas las que estuviesen castigadas, creían que el castigo había sido la causante de aquel cambio de comportamiento, pero no fue ello lo que cambió todo, sino el discurso que dio Julia en el patio, reuniendo a todas las edades. Aquel discurso fue el comienzo:

“ No podemos seguir así, amigas. Castigos aquí que hacen que nos castiguen luego en casa. Tener que estar haciendo deberes aquí para llegar a casa y tener más deberes. Que haga sol y tener que estar encerradas en una clase

muriéndonos de calor y sin poder hacer una guerra de agua. O que llueva y no poder salir a mojarnos. Tener que hacer exámenes que no sirven nada más que para estar más tiempo en casa estudiando en vez de estar durmiendo, jugando o lo que nos apetezca. Eso es. Hacer lo que nos apetezca. ¿Quién quiere estar en clase? Nadie. Queremos elegir qué hacer. Es mi vida. Es nuestra vida. Debemos liberarnos. Que nos dejen jugar, que nos dejen dormir y se vayan lejos. Esta semana todo va a cambiar. Todo. Id preparando vuestras armas. Esconded las cosas por las clases, en las mochilas, en los tejados. Cuando vayáis con vuestra familia a comprar esconded algo en los bolsillos, nadie os dirá nada, sois pequeñas. Preparaos porque esto es la guerra. En dos semanas atacaremos. Ellas o nosotras. No hay más”

Aquel discurso acabó con muchos gritos, con mucho entusiasmo y con ganas de empezar la guerra. Las profesoras lo miraban de lejos, sin escuchar pues tampoco les interesaba, y pensaban que estarían jugando a teatro o algún juego nuevo que se ha puesto de moda. Lo que no sabían es que eso era una declaración de guerra contra la escuela y contra toda aquella persona que la apoyara. El Tiquismiquis intentó avisar, pero ninguna profesora le tomó en serio. Le decían que tenía mucha imaginación y luego pasaban de él, al fin y al cabo era un niño y a los niños pequeños no se le hace tanto caso cuando dicen algo, ya que exageran todo y mienten mucho. Quizás ese día deberían haber escuchado un poco en vez de pasar de ellas.

El día antes de la guerra el Tiquismiquis tuvo un accidente. Decían que se había caído por las escaleras y se había roto las piernas y estaría un par de meses sin poder ir a clase, porque la escuela tampoco es que fuese accesible para ir en silla de ruedas. Así que no pudo aparecer por clases el día antes de la guerra y tampoco pudo venir el día de la guerra. Aunque si hubiese venido habría apoyado sin ninguna duda a los profesores que tanto amaba y respetaba. En casa estaría mejor sin estorbar en aquella guerra. Las alumnas ya iban guardando sus armas en todas partes: detrás de los inodoros, entre los radiadores, en armarios que llevaban sin abrirse años. Todo estaba a punto de

comenzar, quedaba un día para que la guerra cambiase por completo todo. Ya fuese para bien o para mal. Lo importante es que cambiaría algo en aquella escuela, y posiblemente en muchas escuelas más. Ya que la prensa se haría eco de todo lo que sucedería aquel día. Los nervios estaban a flor de piel por todas las clases, mientras que las profesoras pensaban que todo iba correctamente, como debía de ir una escuela, con un gran respeto hacia el profesorado y hacia las instalaciones, ya que llevaba tiempo sin que se rompiese ni una sola baldosa del suelo. Todo estaba correcto para ellas, pero las alumnas no opinaban lo mismo. Necesitaban destrozar y gritar, pero tenían que aguantar un día, solo un día. En cambio, tú solamente tendrás que esperar unas cuantas palabras más para saber cómo se desenvuelve este fenómeno. Que disfrutes la guerra lo mismo que lo disfrutaron ellas.

Los despertadores empezaron a sonar, los padre iban despertando a sus hijos para ir a clase. La leche caliente con galletas ya estaba en la mesa para empezar a desayunar, la televisión estaba encendida con alguna serie, aquel día no le dieron mucha importancia a lo que ponían en la tele, tenían otras cosas en las que pensar. Fueron al colegio, de la mano de sus padres y entraron a clase. Todo parecía normal, incluso las profesoras aquel día parecían aún más felices de lo normal, se notaba que era viernes y después vendría el finde para poder descansar. La sirena del colegio empezó a sonar y todas se fueron a sus respectivas aulas. La profesora de plástica llegó y pudo ver que faltaban algunas alumnas, así que pasó lista y vio que faltaba Martínez y Verónica. Mientras ponía falta de asistencia a las alumnas la luz se fue. Las alumnas bajaron rápido las personas, todas a la vez y todo quedó oscuro. Un barullo sonó por todo el colegio y las profesoras no entendían nada, hasta que se oyó un grito ensordecedor y luego cesó, fueron unos instantes. La profesora de plástica, Marga empezó a gritar:

— ¿Podéis subir las persianas, por favor? Basta ya la broma — las persianas se subieron despacio y cuando empezó a entrar la luz dos chicas estaban a su lado con cuerdas y un cuchillo apuntando a su garganta. La

profesora tragó saliva y antes de poder decir nada se oyó otra estampida fuera, en el pasillo. Gritos, insultos y golpes. Marga intentó moverse para ver que pasaba fuera, pero el cuchillo se acercó más a su cuello haciendo que unas gotas de sangre brotasen por su preciado cuello. No era una broma. El ruido de antes de fue acercando al aula de Marga y una patada abrió la puerta de golpe haciendo que el pomo saliese disparado.

— Nos intentan matar, Marga. Corre — era el profesor Jaime quien entró por la puerta gritando y lleno de golpes y sangre, lo habían intentado asesinar. Las alumnas se levantaron y sacaron sus armas. Algunas iban con palos de hierro, otras con cuchillos de casa y otras con juguetes, cada cual lo que había podido conseguir aquellos días. Marga siguió quieta, pero tardó poco en no moverse pues el cuchillo traspasó su yugular sin dejarla siquiera que dijese las últimas palabras. Cayó al suelo con un sonido sordo y todas miraron a Jaime, era el turno de asesinar a quien tanto les había gritado, castigado, incluso alguna vez golpeado tirando de sus orejas o dando alguna colleja. El inconveniente era que Jaime era un hombre grande y sería difícil matarle, pero eso no les impedía intentarlo. Jaime corrió hacia quien tenía el cuchillo para propinarle un puñetazo, pero una joven saltó encima de él, agarrándole del cuello y subiéndose a su espalda mientras le golpeaba con un funko de Spiderman. Aquello no pudo distraer a Jaime que apenas sintió los golpes y golpeó al niño del cuchillo haciendo que se comiese la pared de lleno. Luego agarró a quien tenía a su espalda y le estrelló contra una mesa, haciendo que la mesa se partiese en dos y que un niño saliera despedido de su lado por el golpe. Unas tijeras salieron volando en dirección a Jaime, que se clavaron de lleno en el brazo, pero parecía no darle importancia y siguió arremetiendo golpes aleatorios por toda la clase, acertando bastantes pocos ya que las niñas eran muy rápidas o se escondían detrás de las mesas. Martínez y Verónica llegaron corriendo con un extintor que llevaban entre las dos.

— Rápido, salid de aquí. Él es muy fuerte — gritó Martínez y pulsaron con el extintor en la cara de Jaime que se había girado al escuchar la voz de

Martínez, que era a quien más asco tenía de toda la escuela, siempre le estaba regañando, en cualquier momento y lugar. El polvo del extintor dejó ciego e indefenso al profesor, además de provocarle un serio quemazón en la cara. La clase salió de allí, aunque no sin antes intentar golpear al profesor con alguna silla, algo que les fue fácil al estar desorientado. Cuando todas salieron de allí las del extintor golpearon a Jaime en la pantorrilla con el extintor, haciendo que se tuviese que caer al suelo y allí le golpearon en la cabeza un par de veces hasta que vieron que ya debía de estar inconsciente. Después se fueron corriendo del aula sin decir nada. Pues los gritos seguían por todo el colegio y debían de seguir atacando en otros lugares.

El conserje estaba escondido en su garita, viendo como la sangre y los golpes iban de un lado a otro, no podía creer lo que estaba pasando. Las alumnas se estaban rebelando contra el profesorado. Un alumno voló por los aires atravesando el cristal de la garita y cayendo al lado del conserje. Este se acercó para ayudarlo, pero el joven sacó sus tijeras en señal de amenaza, aunque en las condiciones que estaba no podía hacer mucho más que levantar la mano.

— ¿Por qué hacéis esto? — preguntó el conserje al niño. Fue lo único que se le ocurrió decir, ni siquiera preguntarle cómo se encontraba aquel joven.

— Porque estamos hartas de que nos manden. ¿tú no les odias? He visto como te insultan y te menosprecian solamente porque eres conserje y no profesor — el joven tosió sangre y se incorporó un poco con la ayuda de sus manos — La pregunta es ¿por qué no haces nada?

El conserje se quedó boquiabierto, con la mirada perdida y un temblor en el cuerpo, ¿un niño le estaba dando una lección? Así era. El temblor paró de pronto y ayudó al joven a ponerse en pie. Agarró una grapadora y corrió hacia Luis, el profesor de educación física. En cuanto llegó le pegó un cabezazo en la nariz tumbándole en el suelo y después le empezó a grapar la cara mientras gritaba:

— Muere, muere. Si te asesino no serás mi jefe y jamás podrás reírte de mí — las alumnas de ocho años también le golpeaban con sus tijeras y

punzones, hasta que entró en convulsión y se apartaron de él sabiendo que ya estaba muerto. Ahora irían a por el siguiente.

Juan Carlos corrió hacia unos gritos y unos llantos de una clase, entró sin pensarlo y vio como un gran grupo de niñas de cuatro años estaban llorando por culpa de lo que se estaba provocando allí fuera. Se puso de cuclillas para ponerse a su altura e intentó consolarlas.

— Tranquilas, chicas. Esto es un juego. No está pasando nada fuera — les mintió el profesor — Nosotras vamos a jugar a estar calladitas aquí y a escondernos por la clase. Así ganaremos el juego.

Las chicas le hicieron caso y empezaron a esconderse, aunque el primero en esconderse fue el profesor. Abrió las puertas de un armario y allí encontró su gran sorpresa, había cuatro niñas de último año preparadas para darle caza. Juan Carlos gritó y salió corriendo, pero chocó contra una silla que una de las peques le había puesto de por medio para que así tropezase y se cayese al suelo.

Cuando cayó las alumnas saltaron encima suya y una oleada de golpes con cadenas y punzones le acribillaron todo el cuerpo, dejando una gran mancha de sangre en el suelo. Juan Carlos ya no se movía, ni siquiera gemía del dolor, ya estaba muerto. Cuando empezaron a incorporarse las alumnas una profesora entró por la puerta, con un palo de hierro que habría conseguido de alguna mesa o silla. La profesora Inés se adentró en el aula con el palo levantado y mirando con tristeza aquella matanza. Una de las más pequeñas del aula se acercó a ella con cuidado y con los ojos llorosos.

— ¿De verdad vas a pegar a una niña de tres años? — gimoteo la niña entre pucheros. Inés con temblor en la mano empezó a bajar el palo y un empujón la apartó y la tiró al suelo, haciendo que se comiese una mesa con los dientes. Volvía al juego Jaime, lleno de heridas y moratones, y con las ropas llenas de sangre.

— Ella no se atreve, pero yo sí pedazo de mierdas — fue su presentación al aula y fue directo a golpear a la niña que había hablado, pero ella rápidamente

sacó las tijeras y se las clavó en la espinilla, que al parecer casi ni sintió el pinchazo. Jaime le dio una patada que sacó a la niña volando por la clase y todas las demás salieron corriendo a por él, pero volvió a golpear con rabia al aire, como lo había hecho antes. Uno de los mayores le lanzó una silla a la cabeza haciendo que se desorientara y perdiera la vista del golpe. Del techo salió Martínez con un cuchillo de cocina en la mano y saltó sobre Jaime empuñando su arma que fue directa al cráneo y después repetidamente al cuello hasta que Jaime cayó al suelo primero de rodillas, intentando mantenerse con vida, pero no duró un par de segundos más en caer del todo y morir allí, delante de toda una clase. Cuando Jaime ya estaba muerto fueron a mirar a Inés, pero el empujón de Jaime ya le había matado, tenía la cabeza abierta y no paraba de sangrar. De vez en cuando le daban convulsiones por tragarse su propia sangre.

Muerto Jaime ya se habían cargado a la Quimera antes de ir a por el jefe final de la partida, ahora solamente quedaba Metapod. La batalla final se acercaba.

Metapod estaba escondido en su sala. Se encontraba debajo de la mesa con un cuchillo que tenía allí guardado para casos como este. Él siempre decía que en cualquier momento pasaría esto, y no le faltaba razón. La puerta de su sala estaba cerrada con llave y atrincherada con un armario que había vaciado para la ocasión. El sudor frío le recorría el cuerpo por completo, pues tampoco podía llamar a la policía porque le había desaparecido el móvil a primera hora de la mañana. Las chicas habían hecho muy bien su trabajo.

Por ahora nadie había intentado entrar a la sala de dirección, ni un golpe, ni una llamada, nada, solamente la desesperación de ser el último en ser asediado por una panda de jóvenes sedientas de venganza. Una piedra rompió el cristal que daba a la sala del director, pero no le alcanzó nada. Después de eso voló dentro un par de cohetes prendidos. A Metapod no le dio tiempo a reaccionar y las explosiones le retumbaron los oídos y el humo del petardo le hacía llorar. Agarró fuerte su cuchillo e intentó salir fuera mientras más petardos

y cohetes le explotaban al lado haciéndole quemaduras con las chispas que soltaban los cohetes más gordos que tiraban. Salió de la sala desorientado y un golpe le dio en la cabeza, haciendo que golpeará al aire con el cuchillo en la dirección que había notado el golpe, pero no dio a nadie. Con confusión empezó a bailar el gran cuchillo que tenía, pero las jóvenes lo esquivaban como podían, pues no se le daba mal mover aquel cuchillo. Una joven intentó tirarle al suelo agarrando sus piernas, pero el cuchillo le cortó la espalda haciendo que un grito sordo y agudo retumbara por toda la escuela. Las jóvenes se apartaron unos metros y el director empezó a reírse con fuerza mientras recuperaba poco a poco la vista y el oído. Aquel corte le había dado fuerzas y energías para cargarse a todas aquellas niñas.

— ¿Ahora qué? — gritó con furia Metapod. El cuchillo iba señalando a todas aquellas niñas salvajes y llenas de heridas y sangre — No sois nada. Solamente una panda de niñas insolentes. Os voy a matar a todas. No sabéis con quién os estáis metiendo.

Alguien venía corriendo desde el fondo del pasillo y placó al director, era el conserje harto de su jefe. El conserje se puso encima de él, pero un corte certero en el cuello le dejó perplejo en el sitio. Las niñas se pusieron nerviosas al ver aquel movimiento rápido y feroz de Metapod.

El director se acercaba con cautela a las alumnas, que iban dando pasos indecisos hacia atrás para no ser asesinadas por el jefe final de aquella guerra. Julia apareció con una barra de hierro en la mano preparada para luchar contra el jefe. Metapod sonrió al ver como Julia iba tan decidida hacia él.

— ¿Crees que me vas a ganar tú sola, niñata? — vociferó Metapod mientras soltaba una gran carcajada al aire.

— No estoy sola, calvo de mierda. Tengo a mis amigas — dijo con decisión Julia. Corrió hacia él y Metapod atacó con el cuchillo, pero un extintor se cayó del techo abriendo la cabeza a Metapod, lo que aprovechó Julia y las demás para atacar a Metapod con todo lo que tenían. El director no pudo hacer frente a todas aquellas alumnas y recibió la mayor paliza que jamás había visto.

Todas le golpearon, desde las más pequeñas hasta las más mayores. Todas querían golpear al intocable director, que ahora parecía más un saco de boxeo que una autoridad. Lo golpearon durante un rato hasta que se cansaron. Ya habían acabado con la autoridad que tanto les impedía jugar, y eso hicieron. Jugar por todo el colegio, como siempre habían soñado.

Al cabo de unas horas llamaron a la policía para que viniese y no tardaron en llegar.

La policía sacó a las niñas con cuidado. Ellas salían llorando, gimoteando o temblando, pues decían que habían pasado mucho miedo. Las niñas decían que un asesino había venido y había intentado matar a todas las que estaban en el colegio. Como eran niñas no las creyeron, pero tampoco sospechaban de que habían sido ellas quienes habían provocado aquella masacre. Ahora estarían un tiempo sin ir a clase, ya que tenían miedo de volver a clase y que pasase lo mismo otra vez.

En algún momento volverían a clase, cuando ellas dijese que estaban preparadas para ello. Volverían a la rutina de siempre, odiando a las profes, los trabajos y los exámenes, pero estaban más unidas. Ahora nadie les diría algo sin que se defendiesen entre ellas. La próxima vez a lo mejor no hacen una guerra así y atacan a las casas de las profes. Quién sabe qué harán. Lo único que sabemos es que van a jugar y a disfrutar del tiempo que estarán sin clases.

FUEGO A LA ESCUELA CON LOS PROFES DENTRO





**GUERRA EN
BUCLE**

No sabría muy bien cómo decirte cómo empezó toda esta guerra, la verdad. Es algo que realmente se nos fue de las manos, nadie se esperaba esta respuesta. Todo el mundo pensaba que una guerra así empezaría porque los gobiernos querrían más recursos humanos e irían a conquistar países, o una guerra alienígena. Yo que sé cualquier cosa loca que se te ocurra. Un ataque de orcos de otro plano tridimensional, la vuelta de los dinosaurios, las máquinas revelándose contra la humanidad... Cualquier cosa, en serio, excepto que empezase una guerra por culpa de los plátanos. Sí, una guerra mundial entre mundos por culpa de que si puedes o no puedes comerte un plátano. ¿Te lo puedes comer? Perfecto, ¿qué te da arcadas? Fusilamiento. ¿Cómo hostias íbamos a esperarnos esto? Todo empezó cuando yo tenía ocho años y en clase alguien dijo que el plátano le daba arcadas y hubo una chavala que le dijo algo rollo “eso es porque eres un débil y un cobarde de mierda”. Yo flipé con esa contestación, ni que fuese el chaval un pederasta o un racista. No. Lo que le pasaba es que un plátano le daba arcadas. De ese insulto acabó en que la clase entera, o casi toda la clase, fue a coger a ese chaval y le obligó a comerse un plátano. Y eso fue día tras día. Hasta que el chaval se acabó suicidando. Fue algo doloroso en el colegio. Los robots nos intentaban animar, pero eran solamente robots no sabían de sentimientos, solo nos decían frases motivacionales que parecían sacadas de libros del siglo XXI. Los padres pusieron una queja y acabaron por hacer piquetes en la puerta del colegio, algo que desde hace años está penado por la ley. Todo acto sindicalista o meramente reivindicativo está penado por ley y vendrían sus robots a pegarles con palos de hierro. Cuando vimos el piquete pensábamos que los robots llegarían y esta gente se iría corriendo, nadie quiere enfrentarse a un robot que no siente ningún dolor, pero no pasó eso. Los familiares se dieron de hostias con los robots, ¡delante de todo el mundo! Todo fue grabado, obviamente, hay cámaras a cada lado. Y de las grabaciones y los rumores llegó a la prensa. Ya llegaba el sensacionalismo más rancio del mundo. En la prensa contaban que esta gente, la gente que le da arcadas el plátano eran unos violentos que querían acabar con la

democracia tan perfecta que se había construido. Y esa misma noche apodaron a esa gente “los asquerosos” así, como suena, los asquerosos, ¿se puede ser más inútil? Yo creo que no. Ahí empezó una gran discriminación. Bares que no dejaban entrar a “los asquerosos”, empresas que te obligaban a comerte un plátano para ver si estabas capacitado para trabajar allí, palizas por las calles, incluso crear ghettos donde esta gente viviese alejada de los demás. Bendita democracia, gracias por librarnos del mal. Si crees que esto fue lo más tocho, no es nada. Solo es el principio.

Un personaje público, dijo que él no podía comer plátano. Como era de esperar todo el mundo se le echó encima, incluso intentaron asesinarlo de un balazo, pero el tiro falló. Nadie esperaba que ese personaje, un actor de la televisión, fuese un gran jefe de una mafia que gobierna la mayoría de barrios, así que ahora la mafia más poderosa del país empezó a meterse en esta guerra estúpida. Empezaron a quemar locales de quienes no dejaban pasar a “los asquerosos” y mataron a bastante por sus actitudes de mierda en este tema. Todo esto acabó en manifestaciones atacando a la mafia y en grupos armados que ponían bombas en ghettos donde solo vivían los asquerosos. La guerra civil estaba siendo muy palpable. Los robots no sabían a quienes reprimir, pues todos estaban cometiendo actos ilegales por lo que golpeaban a todo lo que se movía.

El presidente sacó un comunicado exigiendo que parase todo, que los asquerosos deben parar ya que son el principal problema y son los violentos. Un gran error ese comunicado. Esto cabreó a Juntarh, presidente de Martyu III. Primero empezaron insultándose por Twitter, algo inofensivo y casi un meme. Luego Juntarh dijo que todos los asquerosos eran bienvenidos a su mundo, que allí podían exiliarse. Muchos de los asquerosos se fueron allí, por no decir la mayoría, aunque no tardaron mucho en llegar los problemas. Aquí la gente empezó a pedir la guerra contra Martyu III, por saltarse el tratado de paz y el presidente aceptó, de manera clandestina y con la máxima discreción llevar un pequeño comando allí que se hiciese pasar por asquerosos para saber sus puntos débiles e infiltrarse en su mundo. ¡TODO POR LOS PUTOS PLÁTANOS!

Al mes de estar allí en Martyu III intentaron contactar con ellos y ellos contestaron rápidamente diciendo que querían hablarlo en persona para explicarles mejor el plan que tenían pensado. Como era de esperar volvieron, ya que una nave del gobierno les trajo enseguida, con todas las comodidades. Al encontrarse con el presidente uno de ellos, Marcus es su nombre, sacó una pistola láser y disparó al corazón del presidente. Sus compañeros dispararon también, pero acabaron fusilados por sus guardaespaldas. Se dice que antes de morir Marcus gritó “vivan los asquerosos”. La guerra entre mundo acababa de empezar.

Las naves se empezaron a preparar, en los dos mundos, y salieron al espacio para luchar. Una guerra que duró su tiempo, pero hubo algo que lo paró por completo. Algo que nadie se esperaba tampoco. Los elfos. ¿Qué hostias? Les pedimos ayuda cuando nos atacaron gusanos celestiales y pasaron. Tampoco vinieron cuando el país se vio abrumado por una especie de espíritus que provocan suicidios cuando les escuchabas. Y vienen cuando hay una guerra por los plátanos. ¡Hay que joderse! Putos pijos refinados.

Los elfos aniquilaron Martyu III dejando sólo ruinas y sangre. Nuestro mundo les dio las gracias por la ayuda, pues la guerra estaba muy reñida y no sabían si la ganarían. Los elfos se fueron, ya habían hecho lo suyo, destruir y crear caos a su alrededor en nombre de su bonita y espeluznante democracia. Nadie se fiaba de los elfos, ni siquiera el nuevo presidente, Kirty. Acababan de ver como los elfos habían destruido un mundo casi por capricho, saltándose todos los tratados de paz y de no guerra. Eso les cabreó bastante y decidieron esperar a ver que era lo que querían los elfos por haberles ayudado.

Ahora están reforzando su ejército y sus defensas, mientras esperan que los elfos vuelvan para pedirles algo a cambio de la ayuda en la guerra, pero dudo que vengan.

Así que ahora es nuestro momento. Por eso luchamos. Por eso escapamos de la masacre de los elfos. Por eso odiamos tanto a los humanos, como a los elfos y a los asquerosos. Porque odiamos el plátano. No nos da arcadas, simplemente da

asco verlo. Porque los asquerosos si se lo batían se lo podían comer, pero nosotros no. Odiamos incluso el olor y el sabor del plátano. Por eso, en cinco minutos estallarán las bombas en los sitios claves. Nuestros ejércitos saldrán a matar a toda persona que esté en la calle. ¿Estás preparada? Ahora va a empezar algo aún más tocho que la estúpida guerra. Esto es una insurrección, nadie nos apoya, solo nosotros.

Coge el arma y prepárate, vas a mancharte de sangre.

A night scene of a riot. In the background, a large fire burns brightly, illuminating the scene. In the foreground, two figures in black hooded clothing stand with their backs to the camera, looking towards the fire. To their right, a person in a yellow protective suit and helmet stands next to a motorcycle. The ground is littered with debris. The overall atmosphere is one of chaos and destruction.

INSURRECCION

FANTASIA

AMISTAD

CIENCIA FICCION